

**CUENTO N° 173**

**TÍTULO: CARTA AL CIELO**

**SEUDÓNIMO: LUCIÉRNAGA**

**AUTORA: LUCILA OYARCE VALENZUELA**

## Carta al Cielo

¡“Ya come solo”!

... Esas palabras fueron el aviso para ir a tu encuentro. Sentí un golpeteo en el corazón ¡No cabía en mí de alegría! ¡Tendría compañía! ¡Tendría a quien regalonear!

Llena de júbilo preparé mi viaje, compré lo necesario para que estuvieras grato ¡Ah, y también comida! Nunca había tenido mi propia mascota, ahora seríamos tú y yo.

Llegué a la casa de mi hermana, que vive en un pueblito en la zona huasa de Colchagua.

Allí nos conocimos, parecías una bolita de pelos, tus grandes ojos brillantes me miraron sin recelo. Te acuné en mis brazos y te llené de mimos; muy pronto tu suave ronronear me confirmó que ya éramos amigos.

“¿Qué nombre le vas a poner? – preguntó mi hermana.

¡Tutankamón!, contesté.

¡Tan largo!, exclamó ella.

¡Quiero un nombre egipcio! Me gusta éste porque es un faraón que murió siendo niño. Después, cambié de opinión al verte tan pequeñito e indefenso y abrevié tu nombre: Tutan, así te voy a llamar.

Nos vinimos en bus, no me atreví a viajar en auto los dos solos. No sabía cómo te ibas a comportar en casi tres horas de trayecto. Ya acomodada en el bus, te puse en mi falda. El paso estridente de camiones y buses en la carretera te sobresaltaron, pero yo, con juegos y arrumacos te llevé al sosiego. Pronto, como cualquier bebé, te dormiste.

Al llegar a casa, comenzaste a extrañar olores, formas, nada era igual a tu hogar antiguo. Tu pequeño corazoncito palpitaba desbocado. Te distraje con el alimento, te mostré tu baño, jugamos un rato hasta que te dio sueño.

Y así se inició nuestra vida juntos. Por las mañanas me seguías a todos lados, me acompañabas al baño, a la cocina mientras tomaba desayuno, me despedías en la puerta al irme. A mi regreso, en cuanto oías el sonido de la llave en la cerradura, venías a mi encuentro restregándote en mis piernas, aguardando el momento del cariño y la diversión.

Así fuiste creciendo y haciendo travesuras, pequeñas al comienzo y grandes después, que me hacían darme cuenta del trabajo que significaba tener una mascota. En una ocasión y por recomendación de mi hermana que se compadecía tanto de tu soledad, te hice una pelota de lana - bien apretada - para que jugaras mientras yo no estaba en casa, al llegar descubro con sorpresa, indignación y hasta risa, que habías deshecho todo el ovillo tirándolo de un extremo a otro de la mesa del comedor, con tanta perfección, que parecía hecho por manos humanas.

Era como ver una tira cómica en las que Silvestre hace rabiar a la abuela, sacando los ovillos del canasto, al jugar con ellos a través de la pieza de costura, los deshace todos; yo tuve que hacer lo que, imagino debía hacer la abuela: ¡Ovillar la lana de nuevo siguiendo el circuito que había hecho el gato!

Siempre estabas saltando o correteando; las personas que entraban a mi casa eran mis amigos, por ende, también lo eran tuyos y los adoptabas de inmediato, tu instinto animal te decía que podías confiar, jugabas y regaloneabas feliz; porque eras un minino adorable, jamás rasguñaste a nadie, eras muy pacífico y sólo te interesaba que mimaran y te prodigaran atención. En esos momentos te olvidabas de mí y el interés lo monopolizaba la visita.

Querías ser el centro, si me ponía a trabajar en el computador, saltabas al escritorio y te colocabas delante de la pantalla; si hablaba por teléfono, te subías al aparato y pisabas las teclas haciendo imposible la comunicación. Parecías decirme con esto “yo estoy aquí, juega conmigo”.

Continuó tu desarrollo, dormías menos y te aburrías más. Tus travesuras empezaron a ocasionar destrozos. Ya no corrías a mi encuentro cuando llegaba. Querías que entendiera tu soledad y la entendí, me dí cuenta que el encierro te estresaba, que te sentías solo, que te había arrastrado a un lugar que no te gustaba. Extrañabas a tu madre, a tus hermanos...

Por las noches cuando me ponía a dormir, tú querías jugar. Te echaba del dormitorio y te ponías a jugar solo, saltando a una silla, al sofá, botabas cosas...no me dejabas dormir, me enojaba, te reñía, te castigaba...y después me daba pena ¡Pobrecito! lo dejo todo el día solo y además me enoja con él...

Tomé una determinación, te llevaría de vuelta. Pero antes, debía operarte. No podía llevarle un problema más a mi hermana; ella tenía un montón de gatas, no había otra solución. Contacté al hermano de un amigo que tenía una clínica veterinaria, te vino a buscar y te trajo cuando ya te habías recuperado. Sentí mucha pena por lo que te estaba haciendo, pero era la alternativa más económica y más viable.

Queriendo compensar parte del daño, me quedé contigo todo el fin de semana, te tenía muy abrigado en mi cama, pero si yo me iba de tu lado insistías en seguirme pese a que estabas vendado y mareado con el calmante que te habían dado. Como estabas bien enseñado, te levantabas para ir al baño. Cada vez que lo hacías, yo iba contigo para cuidar que no te fueras a golpear. En cuanto veías que te dejaría solo, me llamabas con un tierno maullido, parecía que me decías “maa-má”. Nunca gritaste, mis vecinos ni siquiera sabían que tenía un gato, se sorprendían mucho si alguna vez venían a mi departamento y te veían.

Durante el tiempo que estuviste en mi departamento viajamos al campo dos o tres veces, allí te entretenías con tu familia gatuna, llegado el momento del regreso te ponía en tu “canasto de viaje”, que era muy colorido y lo había adecuado para estos efectos. Si no viajaba nadie a mi lado, te ubicaba en el asiento, te sacaba instalándote en mi falda donde rápidamente te dormías y sólo despertabas cuando alguien quería ocupar el asiento.

El siguiente, fue nuestro último viaje juntos, en esta ocasión, te quedarías allá con tus hermanas y hermanos.

Después, me contaba mi hermana que cuando me vine, me buscabas, me esperabas y así fue por un par de días, hasta que entendiste que te había dejado allí. Cuando nos volvimos a ver, no querías saber de mí. Me ignoraste, te llamé y al escuchar mi voz viniste, pero no te quisiste acercar. No fuiste a dormir en mi cama. Me maravillaba que existieran esos sentimientos en ti, querías demostrarme indiferencia: “me abandonaste, ahora no te quiero”. Le pedías comida a mi hermana y me mirabas desde lejos. Al día siguiente, mantuviste tu postura. Estabas enojado conmigo.

“Tutancihno, meu ñiñihno, meu gatihno”, te llamaba al igual que lo hacía cuando te regaloneaba en mi casa, pero no venías. Hasta que en la noche tu cariño pudo más y subiste a mi cama en busca del regaloneo de tu “maa ma”.

Así, se fueron sucediendo los meses y mis viajes.

En las vacaciones estaba más días junto a ti y en esas ocasiones y en otras también, te adueñabas de mi cama sin permitir que ninguna gata se me acercara, tú tan pacífico, te enojabas con tus compañeras de correrías cuando intentaban regalonear conmigo y les dabas un solo manotazo. Ellas entendían y se retiraban, obedeciendo el dictamen de su amo: el faraón Tutankamón, porque en honor a la verdad, ellas se rendían a tus pies y se peleaban por ser la favorita.

El veterinario, que te visitaba cuando mi hermana se asustaba porque te notaba enfermo o inapetente, se admiraba de conocer a un gato tan manso, nunca

intentaste morderlo o arañarlo como hacen la mayoría de los mininos. En una oportunidad estabas muy resfriado, tenías bastante tos y te hallabas muy decaído. Llamada para mí, que viajara porque el Tutan estaba delicado, y para el veterinario.

Llegué primero y lo encontré con una tos que parecía viejito con los bronquios obstruidos, daba pena. El veterinario te inyectó y pese al miedo que le tenías, te quedaste muy quieto mientras te pinchaban. Afortunadamente, la medicina actuó rápido y pude regresar tranquila.

Pasaron los años fuiste envejeciendo y junto con ello, una enfermedad poco común en los gatos: Epilepsia. Aunque fue detectada oportunamente, el veterinario nos dijo que medicamentos para él no había. Los ataques en un principio eran espaciados. Nunca estuve cuando tuviste alguno...no sé si te hice falta, no sé si los animales sienten como los humanos...no sé si sufriste dolores...

Debido a la pandemia no podía viajar a verte, hasta que ¡Al fin! se liberó un poco la restricción y pude ir. Estabas muy flaco. Tu cuerpo, otrora negro como la noche, hoy lucía un tono cobrizo y opaco, propio de la vejez.

Acudiste como siempre a dormir conmigo, pero sólo a ratos. Después te fuiste, regresaste y te fuiste otra vez. Mi hermana me dijo que últimamente, dormías en otro lugar, quizás dónde.

No pude volver a verte, no había permiso y tampoco me atrevía a viajar en bus por temor a contagiarme del Covid 19 y llevar el contagio a mi hermana.

Un día me llamó para avisarme que habías muerto...no lloré, aunque se me apretó el corazón...el ser que me dio su amor incondicionalmente, había volado al cielo de los gatos...meu Tutancinho... ¡adiós, meu gatinho!...

¡Hasta que volvamos a encontrarnos!